

Por ser un retrato moral acabadísimo y de sumo provecho, vamos á transcribir íntegras las palabras que lo contienen en la oración fúnebre:

“Quien cifra su delicia en las mentiras, pierde toda autoridad en sus palabras, se hace odioso no solo al Señor, sino á los hombres. No hay acción que no se le repruebe; se sospecha hasta de sus más insignificantes respuestas. Por causa de él hay en la familia disensiones sin cuento y se suscitan riñas á cada paso. Es curioso y ansía continuamente por descubrir secretos; pero con igual facilidad los revela y tiene especial tino para trastornar todo con su lengua. No hay plaga mayor que el embustero; no hay deshonor mayor que el tener este vicio detestable.”

Y aquí vemos nosotros el
mentir. ¡Qué cosa tan fea
 y opuesta á mi natural!
 que dijo Don Beltrán.

Para escribir estos versos:

Las mujeres y los diablos
 Caminan por la misma senda,
 Que á las almas rematadas
 Ni las siguen ni las tientan;
 Que el tenellas ya seguras
 Las hace olvidarse de ellas,
 Y solo de las que pueden
 escapárseles se acuerdan;

supone Don Luis Fernández Guerra y Orbe, y á ello asiente el sagrado orador, que se inspiró nuestro insigne dramaturgo en la imitación de Cristo, habiéndose adormecido la víspera, leyendo en el hermoso libro de Kempis, el pasaje siguiente: “El demonio deja de tentar á los infieles y pecadores, porque los tiene ya seguros; y sólo tienta y atormenta de varias suertes á los fieles y devotos.”

Nadie habrá que en vista de la analogía que aparece de bulto entre este pasaje y los versos transcritos deje de adherirse á las opiniones tan racionales y fundadas del juicio biógrafo y del sagaz crítico.

Con igual pericia y acopio de doctrina sigue su Señoría Illma. juzgando “El Examen de Maridos” y “Los Favores del Mundo,” otras dos comedias que han valido á nuestro docto ingenio Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza justa fama y renombre duradero. En estas piezas también descubre Monseñor Montes de Oca analogías con pasajes de los sagrados libros, y señaladamente en “Los Favores del Mundo” cuyo desenlace estriba al parecer en esta exclamación “Válgame la Virgen” que lanza el caballero rendido al tiempo de ir á sufrir tremenda puñalada del héroe principal del drama, ofendido por aquel. El asunto de este drama trae á la memoria del orador la escena real que aconteció en Florencia un Viernes Santo, á lo cual se debe la conversión de San Juan Gualberto.

En fin, escudriñando los sagrados libros y estudiando la vida de los santos; sacando de aquéllos las sentencias aplicables al asunto y personajes de las piezas dramáticas de nuestro Don Juan Ruiz de Alarcón, y tomando de los segundos las escenas que ofrecen relaciones de semejanza y afinidad con ellas, uniendo todos estos materiales con el encadenamiento de la más severa lógica y heroseando su discurso con las galas del lenguaje del más artístico de nuestros prosadores, Monseñor Montes de Oca cumplió á satisfacción de la Ilustre Academia y de los sabios más renombrados, y aun con agrado y ruidoso aplauso de la prensa de todos los partidos la delicada misión que le fué encomendada.

III

Fatigado el espíritu de seguir los encumbrados vuelos de Monseñor Montes de Oca en su oratoria, quiere recrearse ahora, para tomar algún reposo, escuchando en grato arrobamiento los dulces cantares del feliz Ipanandro Acaico.

La Musa cristiana tan amante de nuestro Prelado, á quien, como hemos visto, ha inspirado sublimes pensamientos, concediéndole ser el creador de un nuevo género de sagrada elocuencia, robusta y felizmente empezado en la oración fúnebre de Don Juan Ruiz de Alarcón y demás ingenios fallecidos, no le ha impedido pulsar la lira en *aquellos ratos que no ha sido posible para él llenar de otra manera*, ni tañer el agreste caramillo, en medio al cumplimiento de sus más altos deberes episcopales.

En esta parte de nuestro trabajo, lo mismo que en la que antecede, no vamos á *hacer crítica*. Razones de otro género que las antes indicadas, pero siempre de peso, nos obligan á consignar tan sólo nuestras impresiones como lo tenemos advertido, y á estampar las enseñanzas útiles y provechosas que hemos aprendido y las consideraciones generales que sobre la bella literatura nos han sugerido las obras poéticas de Ipanandro Acaico.

Antes de esto conviene decir algo de sus libros poéticos.

Tres volúmenes de poesías ha publicado el Señor Montes de Oca: “Ocios Poéticos,” en su mayor parte composiciones originales; la traducción de los “Poetas Bucólicos Griegos” y la traducción de todo Píndaro. De los Ocios conocemos dos ediciones: la primera hecha en 1878, (1) por el mismo Señor Obispo, y la segunda, (2) en el corriente año, por el *egregio editor de la Colección de Escritores Castellanos*. Esta última está *considerablemente aumentada, aunque no tanto como hubiera deseado el autor*, Ambas ediciones son modelos de trabajos tipográficos y cuidadosa corrección.

De la traducción de los Poetas Bucólicos Griegos tenemos igualmente á la vista un ejemplar de cada una de las dos ediciones que también se han hecho de ella: la primera [1877] por la Academia Mejicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española (1), y la otra en Madrid, (1880), por los editores de la Biblioteca Clásica (2). En cuanto á la traducción de Píndaro, sólo sabemos de una edición: la hecha en Madrid por los mismos editores de la Biblioteca Clásica.

Con respecto á los Poetas Bucólicos Griegos debemos consignar aquí, en obsequio de la verdad y para orgullo de nuestros tipógrafos, que la edición mejicana aventaja en todo á la madrileña, menos en llevar ésta, aparte de la Carta-Prólogo del traductor al sabio Mejicano y poeta Don José María Roa Bárcena, un prólogo del eruditismo Doctor Don Marcelino Menéndez Pelayo, y un notable estudio, “Un Obispo Poeta,” *del insigne humanista americano, Don Miguel Antonio Caro, el que condujo á las orillas del Bogotá la Musa de Virgilio*.

(1) Ocios Poéticos || de || Ipanandro Acaico || Méjico || Imprenta de I. Escalante, Bajos San Agustín, 1.

(2) Colección || de || Escritores Castellanos || Ocios Poéticos || de || Ipanandro Acaico || (Don Ignacio Montes de Oca || y Obregón || Obispo de San Luis Potosí) || Madrid || Est. Tipográfico “Sucesores de Rivadeneira” || Paseo de San Vicente, número 20 || 1896 || Líricos ||

(1) Poetas || Bucólicos Griegos || Traducción en verso Castellano || por || Ipanandro Acaico || con notas || explicativas críticas y filológicas || Edición || de la Acedemia Mexicana, Correspondiente de la Real Española || Méjico || Imprenta de Ignacio Escalante || Bajos de San Agustín, número I. || 1877 ||

[2] Biblioteca Clásica || Tomo XXIX || Poetas || Bucólicos Griegos || traducidos en verso castellano || por Ignacio Montes de Oca y Obregón || Obispo de Linares || Individuo correspondiente de la Real Academia Española || (entre los Arcades) || Ipanandro Acaico || con notas || explicativas, críticas y filológicas || segunda edición || Madrid || Imprenta central á cargo de Víctor Saiz || Calle de la Colegiata, número 6. || 1880.

La malicia de este siglo, materialista hasta la médula de los huesos, que no es capaz de levantarse un palmo sobre la tierra para juzgar con pureza y acierto, de los hombres y de las cosas, nos obliga á repetir lo que insignes literatos han dicho en defensa de las obras poéticas de Monseñor Montes de Oca, y lo que el mismo Prelado expone con el propio objeto en la carta prólogo que hemos citado.

“La crítica, que, como he dicho en otras ocasiones—habla Ipandro Acaico—*no temo, porque no aspiro á adquirir gloria*, me fué al principio tan favorable, que me hizo temer una reacción, como más tarde se verificó. No sólo recibí grandes elogios en España y en Méjico, de aquellos escritores que pertenecen á mi propia escuela religiosa, política ó literaria, sino que me encomiaron altamente poetas que, como los mejicanos Guillermo Prieto y Gutiérrez Nájera, están dominados de tal manera por el fanatismo revolucionario que no pueden sufrir que en la Iglesia Católica florezcan las letras y las ciencias.”

“A la tempestad de alabanzas, que duró algunos años, sucedió una tormenta de vituperios. Los autores que acabo de nombrar, retractando sus primeros juicios, encontraron malo cuanto al principio habían declarado bueno: y los siguieron en su ingrata tarea multitud de *zoidos* de diversas escuelas, que añadieron á la censura de los versos la injuria personal.”

¿Y por qué se injuria al Señor Montes de Oca?

Porque posee el dón de la poesía; porque ha traducido á los poetas bucólicos griegos, y á Píndaro, y porque á través de llanuras extensas y solitarias, ó escalando agrias escarpaduras, bajo los ardorosos rayos del sol tropical, para distraer el cansancio y dar ánimo al *cuerpo extenuado con el movimiento, las fatigas de viajes continuos por regiones casi desiertas, y la inedia y privaciones que acompañan á tales jornadas*, ponía en versos castellanos el viaje marítimo de la ninfa Europa, ó describía en romance los umbrosos verjeles en que se celebraran las fiestas de Ceres.

“Un Obispo—dice el más terrible de sus detractores—no puede tener *ocios*. Si no le da bastante que hacer el gobierno de su diócesis, ó se ve por fuerza mayor privado de gobernarla, que se ocupe en escribir. . . . apologías de la Religión Cristiana.”

Así hablan la envidia, la soberbia y la procacidad.

¿Cómo dista este lenguaje petulante de tan mal disimuladas pasiones, del de los verdaderos sabios? Compárese con las palabras siguientes de uno de nuestros hombres más ilustres al par que humildes, (quien anticipándose á la anterior diatriba de Don Antonio de Valbuena, no sólo no censura, sino antes bien cree necesaria en los Obispos la virtud de la entropelia) y se pondrán las cosas en su punto.

“Los Obispos—dice nuestro sabio Doctor Don Agustín Rivera—no pueden tener *ocios grandes*, como los que se necesitan para leer mucho diariamente de los clásicos paganos; mas la recreación, ó sea la virtud de la entropelia, es necesaria para la salud del cuerpo, para la del espíritu y para el mismo buen desempeño de los negocios, como dice el pequeñito de los clásicos paganos latinos:

Cito rumpes arcum, semper si tensum habueris;

At si laxaris, cum voles, erit utilis.

Por esto creo—continúa nuestro sabio—que los Señores Obispos pueden tener con frecuencia *ocios pequeños*, recreaciones honestas: físicas, como el paseo á pié y á caballo, y morales, como las visitas de amigos, pulsar un instrumento músico y leer un trozo de la Iliada ó de la Eneida: recreación tan grande, que alguna vez ha producido hasta el alivio en las enfermedades y la salud de los reyes.”

No creo que haya quien racionalmente impugne esta doctrina, la cual descansa en hechos y dichos de varones de inmaculada ortodoxia, de santos de irrecusable antori-

dad, y en la misma Sagrada Escritura, como victoriosamente lo demuestra nuestro Illmo. Prelado.

Ya en tiempo de San Gerónimo había Valbuenas. El que embozadamente reprendía al gran santo porque en *sus escritos usaba de las doctrinas y estilo de los clásicos paganos, con lo que parecía manchar el esplendor de la Iglesia*, llamábase Magno y era orador de Roma. La contestación de San Gerónimo á aquel Valbuena que era Magno orador de Roma, es una refutación incontrovertible de los columbinos escrúpulos de nuestros Valbuenas, que no son oradores ni magnos, por cierto.

Lo primero, el gran Santo dice á su Valbuena, que no es él, Magno, quien le ha de hacer semejantes preguntas, puesto que estaba del todo entregado á Tulio y á Volcacio, y se había olvidado de leer las santas Escrituras y á sus expositores. Luego le pone de manifiesto que en los libros de Moisés y en los de los profetas hay tomadas algunas cosas de los libros de los gentiles; que Salomón propuso algunas dudas á los filósofos tirios y respondió á las que le propusieron; que San Pablo, escribiendo á su discípulo Tito, se aprovechó de un verso de Epiménides que quiere decir: “*Siempre los de Creta son mentirosos, malas bestias, vientres perosozos*”; del cual verso tomó después Colímaco la mitad; que en otra carta, el Apóstol cita un senario al Menandro, que dice: “*Las malas palabras corrompen las buenas costumbres*,” y otra vez, estando en Atenas disputando en el templo de Marte, citó por testigo al poeta Arato que decía: “*Y somos de su mismo linaje y casta*.”

De haber citado San Pablo al pié de la letra tres versos de tres poetas paganos, deduce el sabio Doctor Rivera, no sin fundamento, que el grande Apóstol estaba impuesto de las doctrinas de Menandro, Arato y Epiménides.

San Gerónimo expone los pasajes del Deuteronomio, á que seguramente debe nuestra literatura la traducción de los Poetas Bucólicos Griegos y la de Píndaro; puesto que, acometido el Señor Montes de Oca por el temor de ir á escandalizar á los lectores con los Idilios de Bión de Esmirna, que *aunque gentil nada contiene que pueda llamar la atención de los que están acostumbrados á las novelas de Dumas y de Fernández y González*, destruyó sus manuscritos y procuró borrar su contenido de la memoria. Hermoso es el pasaje á que nos referimos, de la carta de San Gerónimo; y pues Su Illma. someramente lo indica tan sólo, queremos darlo á conocer íntegro. “Y porque aun no pareciese poco todo esto, el capitán del ejército de Cristo y orador invicto, *haciendo el negocio de la causa de Cristo*, aun la inscripción de la estatua que leyó acaso (1) la torció con grande arte para argumento de la fe; y esto hacía como quien había aprendido del verdadero David, á sacar por fuerza la espada de las manos de sus enemigos, y cortar la cabeza del severísimo Goliath con su propio alfanje.

Cosa semejante se ha propuesto el Señor Montes de Oca, al traducir á los griegos, como puede verse por estas sus palabras.

“Arrancar de manos de la juventud los libros perniciosos; dar á nuestros ingenios buenos modelos que los hagan elevarse á la altura á que son acreedores; inspirar afición á los estudios serios, y de esa manera hacer que se reforme nuestra educación en general; tal es el fin que me propongo al dar á luz esta versión de los Poetas Bucólicos Griegos.”

Continúa San Gerónimo. . . . “y también había leído en el Deuteronomio (17) que estaba mandado por la palabra del Señor; que á la mujer cautiva ó esclava le rayasen la cabeza y las cejas, y que le cortasen todos los cabellos y uñas del cuerpo, y que así la podían tomar por mujer. Pues que hay que maravillar que yo procure hacer de la ciencia secular, por *hermosura y gallardía en el lenguaje y por la gracia de sus miem-*

(1) “Deo Ignoto.”

bro, de esclava y cautiva una israelita? ¿Y si todo lo que hay en ella muerto y mortífero de idolatría, de voluptuosidad, de errores, y de apetitos malos, ó lo corto, ó lo raigo, y engendro de ella para el Señor de los ejércitos unos esclavillos nacidos en casa, mezclados al cuerpo purísimo? Todo mi trabajo *redunda en provecho* de la familia de Cristo; y la unión con la agena acrecienta el número de los que juntamente son sus siervos" (1)

Pues lo mismo ha hecho el Señor Montes de Oca con las poesías griegas que nos ha traducido. *Las ha despojadas de lo superfluo y poco delicado, aprovechándonos así de ellas para nuestra instrucción.*

* *

¿Pero será cierto que la poesía, y principalmente la de griegos y latinos sólo puede servir de recreo á las personas constituídas en dignidad eclesiástica? Para responder á esta pregunta nada tenemos que poner de nuestra cosecha: preferimos lo que digan los doctos.

No puede hacerse un elogio—habla el Illmo. y sapientísimo Señor Munguía—ni más completo ni más exacto y filosófico de la poesía, que tenerla por fuente de lo más escogido y grande que reconocemos en la elocuencia. En efecto, por mucho que la imaginación y el sentimiento concurren á los planes del orador, si éste no está familiarizado con las imágenes atrevidas y los vuelos admirables de la inspiración poética, difícilmente hará tan odioso el vicio, tan amable la virtud, tan dulce y atractiva la verdad." Y el cardenal Maury,—citado por el sapientísimo Obispo de Michoacán—se expresa así de la poesía: "La feliz violencia de una versificación esmerada, es para el orador la fuente de una locución dulce y armoniosa; el cuadro de ritmos variados, donde son tan visibles las faltas gramaticales, es una fuente de corrección y de pureza; las licencias felices que se toma un poeta impelido por la severidad del metro, son para el orador una fuente de fuerza y energía; la necesidad continua de locuciones figuradas á que se ve reducido por la sobriedad del idioma, son la fuente de donde toma el orador las imágenes y el colorido; el arrebató de una vehemente inspiración y la diversidad de giros que exige cada período y á veces cada línea de una composición poética, es para el orador el manantial que le provee de los movimientos impetuosos de la imaginación y el sentimiento. "El estro poético engendra la elevación oratoria, bien así como la elegancia de un discurso, nace de la comparada y simétrica distribución de las palabras que forman una poesía."

¿Quién después de leer lo anterior tendrá ánimo para decir que la poesía de nada aprovecha á los sacerdotes predicadores? ¿Y quién, si no es movido por el medro, osará irritar las pasiones de los libertinos con críticas al menudeo, de éste ó aquel descuido de forma? Un verso duro, otro desmayado, éste prosaico, aquel recargado de adornos, no son motivos ciertamente para azuzar la mordacidad de los ignorantes, contra un poeta de vuelo subidísimo y de altísima inspiración.

El verdadero saber, los críticos doctos no proceden así; son por el contrario, racionalmente generosos. Oigamos al más juicioso de todos:

Sunt delicta tamen quibus ignovisse velimus:
Nam neque corda sonum reddit, quem vult manus et mens,
Poscentique gravem persæpe remittit acutum;
Nec semper feriet quodeumque minabitur areus.
Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
Ofendar maculis, quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura

HORACIO.

(1) Trad. del Doctor Rivera.

Hay empero defectos que merecen
Indulgencia y perdón, pues ni se arranca
Siempre á la lira el son que se le pide,
Que agudo en vez de grave, acaso exhala,
Ni siempre al blanco el tirador acierta.
Por esta razón, pues, cuando realzan
Primores mil el brillo de un poema,
Jamás reprenderé ligeras faltas,
Ora provengan de desuido, ora
De la mezquina condición humana.

BURGOS.

A estos preceptos debe atenerse la crítica, si ha de llenar cumplidamente su objeto. De lo contrario, ni es crítica, ni nada, y lejos de enseñar, que en último resultado, es su objeto, sólo sirve para producir enervador desaliento en vigorosos y bien intencionados ingenios, y para engendrar petulantes, indignos ni aun de ser leídos por hombres de juicio.

Volviendo ahora á la poética de Monseñor Montes de Oca, no haya temor en afirmar que, examinada conforme á los eternos modelos de la belleza literaria y á los cánones del Arte, es de lo más hermoso que poseemos con respecto á nuestra riqueza en letras. Sus traducciones de los griegos son, en concepto de los doctos, excelentes, y sus poesías originales de elevadísima inspiración.

Entre las pocas, poquísimas buenas traducciones de poetas griegos que posee nuestra lengua, nadie—dice Don Marcelino Menéndez Pelayo—negará á las de Ipanandro uno de los primeros lugares. Y quien aparte de su mérito absoluto considere que fueron trabajos de pocos meses, interrumpido por otros mil cuidados, disgustos y ocupaciones, las tendrá de seguro por un esfuerzo prodigioso de facilidad y soltura."

Esta observación del gran crítico español, es rigurosamente exacta. No hay más, para convencerse de ello, que recorrer los Bucólicos y á Píndaro. La lira, el terceto, la Octava real, el cuarteto, el verso blanco, el romance endecasílabo, el epta y el octosílabo, la primorosa combinación de sáficos y adónicos castellanos que tan hábilmente maneja Ipanandro, etc., etc., se registran en los Bucólicos y en Píndaro, empleados por Monseñor Montes de Oca.

Y aquí también, y con respecto á la poesía, encontramos que se confirma en el docto Prelado este otro axioma de literatura: *sólo los poetas pueden traducir á los poetas.*

A no ser así, dejaría de ufanarse nuestra literatura con tener las más gallardas traducciones que de los poetas antiguos se han hecho en versos castellanos, cuales son las que de Teócrito, Mosco, Bión y Píndaro, ha hecho Ipanandro Acaico.

Nadie, estamos seguros, sin los dones preciados de Apolo y de las Musas, habría hecho, traduciendo, versos tan lindos, como estos:

Undosos ríos, plácidas colinas,
Llorad la muerte de mi dulce amigo;
Llorad, dóricas fuentes cristalinas,
Al amable Bion llorad conmigo
.....
Canoros ruiseñores,
Que entre el follaje de la selva umbría
Con lúgubre armonía
Lloráis de Filomena los amores,
A las límpidas ondas de Aretusa
Decid: Yace Bion cadáver yerto
Y la dórica Musa
Y el canto pastoril con él han muerto
.....

Aquel pastor de inspiración divina
Que las delicias fuera del ganado,
No canta ya de solitaria encina
Bajo la verde sombra recostado.....

Si fácil nos fuera, daríamos á conocer íntegro á los lectores de este folleto tan hermoso modelo de poesía elegíaca. Los fragmentos transcritos prueban que Monseñor Montes de Oca es poeta de veras. Si aun en vista de ellos no cede la exigencia indóc-ta, lea los siguientes primorosos artísticos versos blancos que tomamos del Idilio XVI, de Teócrito, intitulado "Las Gracias á Gerón." Todo él es una queja del poeta siracu-sano contra la dureza de los Reyes y Príncipes para con los poetas.

Celebrar á los dioses y á los hombres es misión de las musas y los poetas. ¿Pero quién es el que no desdeña las gracias.

El oro, el oro es el único que priva en el corazon de los despreciadores de las Gra-cias, y no hay quien, como antes ofrezca protección á los que en vez de bienes de for-tuna han recibido del cielo la misión de embellecer nuestra triste existencia con la her-mosura y galas de la poesía. La avaricia, semejante á la hidropesía que no se sacia por más que beba, es el carácter del siglo de Teócrito. ¿Habrá quien se atreva á dudar que el nuestro adolece del propio mal?

¡Pobre Aglaya! ¡Pobre Eufrosine! ¡Pobre Talía! Compañeras eternas de la vida del hombre y eternamente despreciadas por él. ¿De qué os sirve acudir al reclamo de los poetas, si al fin os habéis de marchar con la faz airada y las plantas desnudas, después de haber estado sentadas perezosamente en el fondo de un viejo arcón con la cabeza fatigada entre las frías rodillas?

¿Por quién se admiran llenos de gloria los nombres de famosos héroes, de varones magnánimos, de corazones abiertos al amor del prójimo? Por los poetas. La rica herencia de grandes hechos que de siglo en siglo ha llegado hasta nosotros, y de nosotros pasa-rá hasta los tiempos más remotos, débese y deberáse en todo tiempo á los poetas, *mientras los vivos disipan las riquezas de los muertos las musas se encargan de perpe-tuar su nombre con hermosos cantos*, más duraderos que el bronce y más firmes que la base en que descansan las pirámides de Egipto, que dijo el más grande de los poetas líricos. Sin embargo los ricos desprecian á los poetas.

Primorosa es esta pieza de Teócrito, uno seguramente de los más bellos de sus idi-lios. Por él solo sería el vate siracusano digno del aplauso de todos los siglos. ¿Y la traducción? Pues es una de las más gallardas de Monseñor Montes de Oca, por la cual merece, á pesar de sus envidiosos y malquerientes, los dictados de *altísimo poeta*, hele-nista consumado, y feliz traductor de los poetas griegos. A Monseñor parece no agrada-rle el verso blanco, el más artístico de todos, según nuestro parecer, que descansa en el de hombres de excelente gusto literario. Sin embargo, á pesar suyo, siempre le res-ultan acabados modelos de armonía, ritmo, exhuberantes sin dejar de ser sobrios, limpios y tersos. Los que compuso con motivo de la recepción de D. Marcelino Me-néndez Pelayo en la Academia de la Lengua, dan testimonio de lo que decimos; y los que decimos que vamos á transcribir de la traducción de "Las Gracias á Gerón," son de ello la prueba tangible.

.....De nuestro siglo
¿Quién es el hombre, quién, que favorezca
Al varón elocuente? yo lo ignoro.
No ambicionan, como antes, los mortales
Ser loados por ínelitas proezas;
La sed del oro vil consume á todos.
Con la mano en el seno, en torno gira
La vista cada uno, solo espiando

Adónde y cómo recoger dinero,
Y ni la escoria regalar consiente.
Tiene siempre en la boca estos refranes:
"Más lejos está el pie que la rodilla;"
"Yo atiendo á mi fortuna: á los poetas
Favorezcan los Númenes, ¡Que vate
Después de Homero habrá, Rey de cantores?
Basta con él y sobra; y no hay cuidado
Que á saquearnos venga de su tumba."
¡Insensatos! ¡El oro de que sirve
Cuando se guarda inútil en las arcas?
No es este el uso que los sabios hacen
De sus riquezas; para sí reservan
Una porción, y al vate favorito
Donan otra porción, á los parientes
Colman de beneficios, y limosnas
Regalan sin medida á los extraños:
Enriquecen los templos con ofrendas,
Nunca cierran la puerta al peregrino,
Y tienen siempre mesa hospitalaria
De donde parte el huésped satisfecho
Y por su voluntad. Mas sobre todo
Es fuerza honrar de las divinas Musas
A los sacros intérpretes, si quieres
Tener aun en el Orco buena fama,
Y no gemir sin gloria en la ribera
Del frígido Aqueronte; semejante
Al abyecto jayán, que con las manos
Callosas de la azada, triste llora
La vil mendicidad que fué su herencia.....

Hé aquí á Monseñor Montes de Oca como traductor inimitable de los poetas griegos. Quien á pesar de tan brillante fragmento no reconozca en él las dotes poéticas y artís-ticas que el cielo le concedió, es indigno de vivir entre gentes ilustradas.

Con sentimiento nos vemos precisados á abandonar al traductor, para visitar, aunque de ligero al poeta original.

La composición que tenemos delante es la Oda á Fernando de Herrera, leída y pre-miada en los juegos florales celebrados en Sevilla el año de 1880.

Es esta una de las composiciones más hermosas de Ipanandro Acaico, y con mayor arte y delicado esmero trabajadas. Aunque no sin precedentes en los anales de la literatura latina y clásica española, decimos que tal composición es original, y á confirmar esto acude la hermosa disposición de sus partes, la armonía que entre ellas existe y la uni-dad artística del conjunto. Horacio, entre los latinos, fué quien hizo á Nereo suspender los vientos para anunciar á París, raptor de Helena, los terribles hados y desastrosa ruina del reino de Príano. Entre los españoles el Maestro Fray Luis de León hizo sacar al río Tajo el pecho fuera de las aguas para arrancar de los brazos de Florinda al afe-minado rey Don Rodrigo, y obligarle á impedir los estragos que iba á ocasionar la venganza del ofendido conde Don Julián.

Las relaciones de semejanza que hay entre "La profesía del Tajo" y la "Profesía de Nereo," ponen al docto religioso agustiniano, un poco inferior al amigo de Mecenas; no en el estro ciertamente, que en algunos pasajes es inimitable, como en el sabidísimo

Acude, corre, vuela
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela
No des paz á la mano
Menea fulminando el hierro insano,
que tiene más movimiento que cualquiera de los del venusino.